XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Arancelamiento encubierto.

Magíster Marcelo Padilla.

Cita:

Magíster Marcelo Padilla (2009). *Arancelamiento encubierto. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/2045>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Arancelamiento encubierto

Magíster Marcelo Padilla (sociólogo)

Colaborador: Lic. Juan Manuel Lucas (sociólogo)

Docente: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNCuyo. Mendoza. Argentina

marcelo_padilla@cytonline.com.ar

Por Marcelo Padilla

Los que terminan una carrera universitaria, “los graduados”, suspiran con el diploma bajo el brazo y empiezan a imaginar por donde entrarle al mercado laboral. Los graduados con sus títulos ya no cotizan como antes en el mercado de trabajo. La competencia feroz se dirime entre quienes pueden acceder a pagar una maestría y más aun un doctorado. Se supone que el graduado busca trabajar, y en el caso que lo consiga, su salario no será de los mejores. Ganarán menos que un chofer de colectivos.

La crisis de las instituciones del país atraviesa transversalmente a la sociedad. Las causas profundas responden a un modelo socioeconómico y político que impera desde hace décadas en la Argentina y que tiene como base de sustentación la desigualdad social, la concentración de la riqueza. Decir esto no es decir nada nuevo. Resabios neoliberales todavía configuran áreas estratégicas del país. Entre ellas, la educación y en particular, la educación superior universitaria. La denominada “clase política” (una mala palabra por estos días) ha impuesto un hermetismo tal, que nadie puede entrarle al hueso para intentar plantear otros temas de agenda en sus encumbrados intereses personalísimos o, al menos, presentarle nuevas necesidades ante la debacle de la representación de los partidos políticos. De esto ya se habló mucho y se escribe permanente en los medios y en las academias de investigación sobre el tema.

Somos un país por demás contradictorio, multiforme y diverso. Lo que podría aprovecharse como oportunidad se utiliza para hundirnos más, lamentablemente. Las potencialidades sociales y culturales que tenemos son desaprovechadas y en lugar de aumentar las posibilidades y los accesos, cada vez más, algunos se ocupan de restringirlos en pos de la formación de castas auto sustentables, con barreras de ingreso, reglamentaciones diseñadas para no poder alistarse en las filas de las opciones que se ofrecen. Es la vida de barreras que algunos pueden sortear y otros solo mirar de lejos, porque han quedado en el camino, perdidos, en la carretera.

Vamos al grano entonces. La Universidad Pública Argentina, en particular nuestra Universidad Nacional de Cuyo, sigue los principios rectores de aquella mítica reforma del 18 cuando los estudiantes pugnaron por una educación más autónoma, gobernada por sus claustros, representadas por sus miembros. Pero los tiempos cambian, y si bien las instituciones quedan, así debe ser, las mismas no pueden anquilosarse y resistirse a los cambios que se producen en la sociedad. Celebrar el pasado sin proyecto de futuro constituye un mero ritual conservador que termina por contradecir el objeto de la celebración. Por tanto las instituciones deben ampliar su margen de acción y contención e incorporar democráticamente nuevas necesidades y demandas que la sociedad reclama.

Hoy, a pesar de la gratuidad en el ingreso, tenemos una universidad pública elitizada. Aunque parezca contradictorio, quienes van a estudiar una carrera universitaria, en su gran mayoría no pertenecen a los sectores de más bajos recursos. El problema por supuesto es anterior a la universidad. En la pirámide educativa, no todos pueden llegar a la cima universitaria. Quedan en el camino miles de niños que no terminan la primaria, cientos de miles de adolescentes que no terminan la secundaria.

Si a esto le sumamos que muchos de los que terminan la secundaria deben obligadamente salir a buscar trabajo para mantenerse o ayudar a sus familias en situación de vulnerabilidad, el cuadro se completa: los que entran a la educación superior llegan apoyados por sus padres, pocos son los que pueden trabajar y estudiar a la vez y en el camino del recorrido, el desgranamiento de alumnos que se caen del sistema o quedan en situaciones crónicas, constituye una nueva masa de excluidos del sistema educativo. Sobrecapacitados para el taxi, discapacitados para puestos que requieren alta calificación profesional. En el medio y en la nada.

En fin, los que terminan una carrera universitaria, “los graduados”, suspiran con el diploma bajo el brazo y empiezan a imaginar por donde entrarle al mercado laboral. El problema al que quiero llegar es a la instancia de la formación de posgrado. Los graduados con sus títulos ya no cotizan como antes en el mercado de trabajo. La competencia feroz se dirime entre quienes pueden acceder a pagar una maestría y más aun un doctorado. Se supone que el graduado busca trabajar, y en el caso que lo consiga, su salario no será de los mejores. Ganarán menos que un chofer de colectivos.

Desde aquellos cantos de sirena que terminaron seduciendo a las autoridades universitarias en los años 90 para implementar carreras de posgrado en la misma universidad pública, no ha parado de generarse lo que yo llamo “las nuevas formas del arancelamiento encubierto”. Hoy, sino puedes pagar una maestría o un doctorado, quedas literalmente fuera del sistema. El mismo va constituyendo titulados de primera y titulados de segunda. Ante tal situación, las autoridades universitarias lanzan políticas de becas para apoyar a los que no pueden pagarse una especialidad. Pero resulta que son escasas, y muchas veces compartidas, es decir, se ofrecen media o cuarto de beca. Pagar una maestría hoy en la Universidad Nacional de Cuyo oscila entre los 600 y los 800 pesos por mes durante dos años. Esa es la cruda realidad. Algunos empiezan, pagan las primeras cuotas, luego se atrasan y abandonan, frustrados, su capacitación.

Creo que ha llegado el momento de plantearse, como está sucediendo en otras áreas de la economía, una “nueva economía del posgrado universitario público”. No puede ser que se formen estratos paralelos. Experiencias de gratuidad de los posgrados encontramos en la UBA, en UNCórdoba, en la UNRosario, entre otras instituciones. Allí las autoridades han realizado un esfuerzo presupuestario para establecer posgrados gratuitos con requisitos estrictos de ingreso y con cupo. Definen especialidades estratégicas para formar profesionales. No podemos dejar este espacio al arbitrio del mercado de las maestrías. Actualmente, si alguien aparece con una propuesta de gestión de un posgrado con “futuros clientes”, cumple los requisitos formales y “garantiza” el sostenimiento económico, se abre una nueva especialidad. Esto ha llevado a algunos empresarios del conocimiento, a pensar la educación superior más como un "negocito".

Es necesario situar a la universidad en una trama social compleja. Todos hablan de la universidad y sus funciones, su esencia, sus problemas, la utilización de sus productos científicos para tales o cuales fines, sus disyuntivas acerca de la autonomía y las limitaciones presupuestarias, su vinculación con el aparato productivo como si se tratara de dos entes igualitarios con ofertas y

demandas complementarias, sus intereses políticos, sus capacidades, sus fines, sus pedagogías, sus problemas salariales, sus matrículas numerosas en relación al número de profesores y su disponibilidad horaria, sus filiaciones ideológicas, etc., etc. Esto, y mucho más, se discute en torno de la universidad. Lo que rara vez se hace es situar a la universidad como un tercer escalón de un sistema discriminatorio de aprendizaje al que solemos llamar despreocupadamente "escuela".

La compra del prestigio

Así las cosas, en la actualidad, ser doctor, o magíster, otorga un plus de poder personal en el mundo académico. Esta verdadera "industria del posgrado" en las instituciones universitarias, lleva a los graduados a la desesperación por adquirir nuevos títulos, a desviar la atención del recorrido académico que vienen realizando desde sus tesis de grado y, en muchos casos, a *desangrarse* pagando por algo que sólo les sirve a modo de antecedentes para competir en un mercado con salarios de poca monta. Entonces, el poseedor del título de posgrado, se enfrentará con los que no lo tienen en toda contienda académica: concursos docentes, becas de investigación, cargos de gestión concursables, etc. Y, por supuesto, los *sobretitulados* tienen las de ganar dadas las reglas. Han pagado más peajes en su viaje académico. Esta competencia neoliberal de mercado, reina en las facultades públicas, creando al interior de las unidades académicas, una *guerra* de todos contra todos, acentuando la brecha entre los que pudieron acceder a un título universitario en la Universidad Pública provenientes de clases populares y los que, ubicados en mejor posición social, se adecuan al arancelamiento del posgrado. Es a estos últimos a los que termina promoviendo el esquema universitario actual.

Los *intelectuales universitarios* entonces, se han transformado en una *empresa individual* de capitales adquiridos en el pequeño mundo de lo académico, que van deambulando y pavoneándose por los "cuarteles de nobleza cultural", dispuestos para la "competencia perfecta". El espacio académico terminó siendo hoy el refugio de muchos intelectuales críticos, comprometidos políticamente en otras décadas y que ahora se autocelebran, sin estar en condiciones de inquietar a nadie acerca de nada. La pregunta es la siguiente ¿A quienes le sirven esos intelectuales al servicio de sí mismos y de la maquinaria que fomentan los *expertise* del negocio del postgrado?

Esto no es pa` cualquiera

Se ha formado una *casta* de intelectuales conservadores con discursos de izquierda, de centro, o de derecha, avenidos al panteón de patricios desde donde sus dichos son convalidados por sus pares. En definitiva, antipopulares, como toda elite. Me arriesgo a plantear que estamos en presencia de una nueva y sutil forma de exclusión en la formación del conocimiento, que se funda en discursos que no inquietan, y que en base a la construcción de capitales o pasaportes académicos, defiende sus privilegios a rajatabla, y filtran la entrada a su cofradía, a aquellos “herejes” que cuestionen su disloque entre ideología y práctica y a los que no están en condiciones de ingresar en el mercado del prestigio que otorgan las nuevas titulaciones. Esa lógica de acumulación de “certificaciones”, ha formado una *aristocracia intelectual* que comanda espacios de poder importantes en el mapa de las Universidades Nacionales, generando reglas a su medida, estableciendo fronteras de ingreso, sentados al banquete de una sabiduría acartonada, excluyente y antidemocrática. A la vez son embajadores institucionales que viajan a representarse a sí mismos a congresos y universidades extranjeras. ¿Es así como se genera y construye conocimiento?

Cada vez menos importa el nivel de grado, devaluado, mal pago, abarrotado de alumnos, que no conduce al prestigio, sino al tedioso circuito del calendario académico. Y como no se animan, por su dudoso *progresismo*, a plantear el arancelamiento del grado, lo implementan en el nivel de posgrado. ¿Estará ahí focalizado el nuevo negocio de las universidades públicas?

La Universidad ha edificado una armazón de reglamentaciones y valoraciones que la sustraen de los importantes debates intelectuales, políticos y culturales de nuestro tiempo. Un docente-investigador universitario, es compelido a centrar sus esfuerzos en un *dialogo claustral*, o en el recogimiento silencioso del laboratorio. Vemos entonces plasmado el proyecto neoliberal que le dio un rol a los intelectuales a partir de la década del '90, producir un *desplazamiento* de la figura del intelectual público, politizado, con recursos de activista cultural, hacia la figura del especialista académico, ataviado de condecoraciones, provistas por la “corte dominante”. Ese rol los distrae, los entretiene, ordenando sus certificaciones por año, o sus publicaciones con referato que otorgan mayor puntaje. Ya no inquietan...salvo que se cuestionen sus privilegios.

Los rumbos de la sociología en Mendoza

Pensar la actualidad de la Sociología en Mendoza exige, invariablemente, pensarla en un tiempo determinado. Desde su reapertura a mediados de los años 80`, la orientación general de la disciplina, cuanto práctica científica, se estructura en los marcos paradigmáticos de la “social research” de ascendencia norteamericana.

La “investigación social”, considerada como un canon metodológico relativamente invariable y de probada “fiabilidad científica” ha reducido a la sociología mendocina a un conjunto de procedimientos técnicos de aplicación mecánica, legitimando a la disciplina en su carácter más instrumental y unidimensional. La sociología, en su variante hegemónica de procedencia universitaria, puede concebirse como la respuesta académica a las demandas de conocimiento “científico” provenientes del sector público y/o privado. Se comprende, en este sentido, porque la sistemática acumulación de experiencias de investigación sobre diferentes aspectos de la realidad social que se realiza año tras año (casi siempre estrechamente vinculadas a las necesidades e intereses de las clases dominantes regionales, vitivinicultura, hidrología, etc.) contrasta con una llamativa ausencia de debate teórico. En la medida en que la relevancia de sus prácticas e intervenciones están acotadas y determinadas por los dictados de “agenda pública”, el impacto social de la producción sociológica mendocina es relativamente bajo.

Problemáticas claves para el desarrollo de la Sociología y las ciencias sociales en general, carecen de cualquier relevancia frente a esta lógica de construcción de “objetos sociológicos investigables”. El debate filosófico, teórico, ideológico y/o político, la perspectiva crítica sobre las metodologías e intervenciones académicamente legitimadas, la disquisición sobre las relaciones de poder que determinan toda práctica “científica”, la relevancia epistemológica de la “intervención” científica en el orden social, entre otro sin número de temáticas centrales para el desarrollo de la sociología, han perdido su decisiva centralidad en pos de una compulsión burocrática a la producción de “papers” e informes de investigación.

En definitiva, creemos que tal realidad no hace más que revelar los éxitos estructurales que, en el plano teórico, ideológico y político, supuso la descarnada y aguda ofensiva antipopular que caracterizó a un periodo que no traemos casualmente a colación, el comprendido entre 1976 y, cuando menos, el 2003.

Justamente, durante los prolegómenos del último golpe de estado, las universidades argentinas se caracterizaron por una original efervescencia teórica y política, un producto, en definitiva,

derivado del protagonismo popular de la época. Curiosamente, muchas de las más reveladoras y polémicas producciones sociológicas de aquella auténtica explosión creativa, serían hoy inabordables desde los estrictos cánones metodológicos a los que se ha reducido a la Sociología. Por ejemplo, y sólo para mencionar un paradigma sociológico caracterizado por su vocación crítica, aún las investigaciones que pretenden probar empíricamente a la teoría marxista asumen hoy un carácter paradójico: muchas de las premisas que funcionan como sostén teórico de investigaciones particulares que pretenden probarlas empíricamente no sólo son, para decirlo con Khun, inconmensurables con las técnicas específicas utilizadas en el trabajo de campo; además hubieran sido imposibles de alcanzar desde las estructuras propuestas por el canon metodológico académicamente legitimado.

Desde la reapertura de la carrera, y en forma simultánea al auge de la “social research” de raíz positivista como paradigma dominante en la Sociología de Mendoza, un sinnúmero de producciones provenientes de las periferias del sistema capitalista mundial caracterizadas por su excepcional originalidad y su persistente vigencia han perdido paulatinamente su relevancia académica en la medida en que, no solamente se trataba de ejercicios irreductibles a los criterios “cientificistas” del empirismo dominante, sino que habían sido construidos como tales desde un sólido posicionamiento teórico consumadamente crítico con respecto a estos últimos.

En el caso particular de las ciencias sociales argentinas, este mismo fenómeno se caracterizó por su virulencia. Tanto que podría sostenerse que la historia contemporánea de las ciencias sociales en nuestro país todavía espera la escritura de uno de sus más relevantes capítulos.

Una larga serie de polémicas producciones caracterizadas por una creativa y provocadora crítica a los “rigores metodológicos “ que exigían las academias, permanece aún hoy en el index con que la academia, reconoce o ignora, premia o castiga, a las creaciones intelectuales.

Una larga tradición teórica y política enraizada críticamente en las experiencias populares más importantes de la historia argentina permanece, a pesar de sus indudables méritos teóricos, o precisamente a causa de ellos, silenciada frente a la impavidez de las academias y magisterios nacionales.

De raíz marginal, siempre periférica con respecto a las “producciones intelectuales socialmente reconocidas”, un amplio abanico de trabajos sociológicos, antropológicos, económicos,

culturales, etc. continúa incomodando y cuestionando los fundamentos esenciales de la corrección teórica y metodológica de las universidades argentinas. En este sentido, entonces, puede hablarse de “malditos” no sólo de la sociología, sino de las ciencias sociales en general.

Genéricamente reconocidas tras la imprecisa definición de “producciones nacional-populares”, y después de un productivo encuentro con las universidades argentinas en lo que estructuró el curioso fenómeno de “las cátedras nacionales” durante los 70’, su herencia ha sido, sino vulgarmente tergiversada y manipulada, deliberadamente ocultada por las estructuras que regulan la producción y circulación del pensamiento en la Argentina.

A pesar de un auspicioso escenario latinoamericano que revitaliza aquellas originales producciones tanto a nivel teórico como político, la universidad todavía no ha generado espacios de reflexión, discusión y debate que restituyan un espacio académico acorde a la relevancia y vitalidad teórica del pensamiento nacional y popular. Su vigencia y actualidad, sin embargo, se revela decisiva en la Argentina del siglo XXI, tanto como la realidad de un país que aún no es dueño de sí mismo y que todavía es incapaz de pensarse en su especificidad. Aquel debate que suponían las “cátedras nacionales”, finalmente truncado por el golpe de estado de 1976, no pudo retomarse a pesar de la continuidad democrática de los últimos 25 años.

Creemos que la coyuntura histórica actual no puede ser más propicia para retomar aquellas aproximaciones entre pensamiento nacional y universidad. Por un lado considerando especialmente la aguda crisis que la Sociología atraviesa en Mendoza: caída en sus tasas de ingreso y egreso, una inmensa dispersión de sus egresados, mercantilización de la oferta educativa de posgrado, consolidación de redes estructurales de clientelismo académico, y una curiosa ofensiva a manos de los poderes mediáticos constituidos. Por el otro, avizorando un crítico horizonte global que, en sus derivaciones económicas, políticas y culturales, no tardará en hacerse sentir en las periferias del sistema, poniendo a la orden del día la necesidad de herramientas teóricas propias capaces de ofrecer alternativas defensivas para contrarrestar un cada vez más inestable escenario internacional.

Frente a esta combinación de factores globales y regionales, la relevancia de un pensamiento propio, centrado en la naturaleza específica de la Argentina, seguramente se revele no sólo como una alternativa para dotar de nuevos bríos a la Sociología en Mendoza, sino también para

comenzar a reubicar a la Universidad Nacional de Cuyo como espacio de producción intelectual, profundamente asociada a los avatares de la sociedad que, como tal, la contiene.